

## CAPITULO XVII.

## EL DIABLO VERDE.

**Q**UE preciso á Don Aristeo tomar aliento en el patio y concentrarse para alejar de su mente aquellas contrariedades. Despues de un momento subió lentamente la escalera y tiró del cordon de la campanilla.

Salió una criada.

—¿Está en casa..... la señora?

—¿Trae usted tarjeta? le preguntó la criada.

—Se entra aquí con boleto, pensó Don Aristeo. ¡Tarjeta! repitió; no, no traigo tarjeta.

—¿Su nombre de usted?

—Me llamo Aristeo.

—Voy á avisar.

Y la criada desapareció.

Al cabo de un rato, volvió diciendo:

—Que no lo conoce á usted la señora, que le mande usted decir lo que quiere.

—Es muy largo, dijo maquinalmente Don Aristeo; dígame usted que vengo de parte de mi compadre Sanchez.

Volvió á desaparecer la criada, y un segundo despues se abrió frente á Don Aristeo una vidriera de par en par y se presentó Ketty.

Esta aparicion hizo en el rostro de Don Aristeo el efecto del *cardillo*, y estuvo á punto de retroceder rodando la escalera.

Don Aristeo se descubrió, lleno de un respeto que él mismo estaba muy lejos de esperar: se le olvidó completamente su prevencion contra la inmoralidad de la *cocota*, y hasta este nombre le pareció una especie de calumnia.

—Pase usted, caballero, dijo Ketty en buen español aunque con un acento ligeramente ingles.

Don Aristeo anduvo, sin sentir el piso bajo sus pies.

Ketty se adelantó para guiar á D. Aristeo y bien pronto estuvieron ambos en la sala.

Ketty se sentó en un gran sillón de metal, é indicó á D. Aristeo que tomara asiento en el sofá.

D. Aristeo tenia en las manos su sombrero, su baston, sus guantes y su pañuelo; pero no se acordaba de ningun-

no de estos objetos, ni de sus manos tampoco, porque no podia quitarle la vista á Ketty.

Era efectivamente hermosísima la cocota: su cabellera casi blanca, estaba tan artísticamente rizada, habia tal gracia en aquel agrupamiento semidesordenado de rizos y de cintas que levantaban, sobre el interesantísimo óvalo de la propietaria, un verdadero edificio tan magestuoso como una corona imperial.

Era una muger de alabastro, porque sobre la tez blanquísima de las hijas del Norte, todavia habia alguna crema maravillosa que realizaba el bello ideal de la belleza.

Ligeras tintas sonrosadas, como esas que el sol sabe poner en algunas nubecillas, hacian presentir la presencia de no sabemos que rosas encantadas, así como en los labios de Ketty se presentia el beso que parecia haber anidado allí, sobre aquel granate, junto á aquellas perlas, en aquel boten de rosa, en aquella válvula de donde probablemente todas las palabras que salieran habian de ser amor, todos los acentos música, el aliento fuego y la humedad, miel.

Ketty estaba vestida de raso verde hermoso, de ese verde que lo es hasta de noche, de ese verde que le hace á uno volver la cara apenas lo percibe con el rabo del ojo; en fin, verde-primavera de México, verde-floresta de México, verde-esperanza, si es que esta señora se ha vestido alguna vez como Ketty.

Don Aristeo tenia trabada la lengua; y luego, que desde que habia entrado allí habia percibido un aroma tan es-

quisito, un olor á flores ó á ángeles, pero tan pronunciado, tan ferozmente voluptuoso, que Don Aristeo dilatava las ventanas de su nariz para oler mas, como dilatava sus pupilas para ver mas y mas á aquella aparicion verde.

Lo único que no podia hacer Don Aristeo era hablar.

—¿Usted es padre de Sanchez? pregunto Ketty con una voz que le pareció á Don Aristeo *cajita de música*.

Don Aristeo primero tragó, despues tosió, y no seguro de que á pesar de esas dos cosas le saldría la voz, hizo un grande esfuerzo y dijo:

—No, señorita, soy su compadre.

Era tan rara la voz de Don Aristeo, que á él mismo le pareció que otro era el que habia contestado por él.

Ketty empezó á mecerse en el sillón, y como D. Aristeo á su pesar tenia la vista clavada en los ojos de Ketty, á los pocos momentos comenzó á sentir el viejo un extraño desvanecimiento.

Aquella figura oscilaba delante de él como el mar de la dicha; aquel movimiento le imprimia todavía algo mas de fantástico y de aéreo.

Ketty tenia una mano cerca de la mejilla; ¡pero que mano! era una mano modelo, blanca tambien como una azucena, ligeramente sonrosadas las yemas de los dedos; ¡era una mano tentadora!

D. Aristeo pensó:

—¿Si me dará la mano?

Se vió tentado de retirarse, solo para hacer la prueba.

—¿Qué dice Sanchez? preguntó Ketty.

—Está enfermo, se apresuró á contestar D. Aristeo.

—¡Pobrecito de Sanchez! ¿qué tiene?

—Dolor de costado..... quiero decir, creo que es jaqueca; pero está enfermo y no ha salido, no; ni podrá salir á la calle.

—¿Pero está muy malo entonces?

—No; no mucho, señorita, mañana estará bueno ya.

Ketty recorria con una mirada impassible á D. Aristeo, y acaso como muger de mundo ya habia comprendido el efecto que causaba.

—¿Es usted americana, de Norte América?

—No, señor, nací en Francia; pero desde niña vivo viajando.

—¡Viajando!

—Sí, señor, el mundo es para verlo.

—Es cierto, dijo D. Aristeo; y agregó para sí: yo nunca he salido de Oaxaca.

—Yo tambien quisiera viajar, continuó D. Aristeo; no conozco el mar, ni Paris. ¿Es bonito Paris?

—Hoy está feo.

—¿Y le gusta á usted México?

—Puede llegar á ser muy bonito México; el clima es muy agradable; hay gentlemen muy buenos; pero está México pobre, se llevan el dinero á otras partes, aquí solo se hace pero no se gasta aquí.

—Efectivamente, señorita.

—¿Usted tiene minas?

—Sí, dijo resueltamente D. Aristeo; quiero decir, tengo barras y acciones.

Ketty cesó de mecerse en el sillón.

—¿En Pachuca?

—En Pachuca, sí señorita, y en Guanajuato.

—¿Y así no viaja usted, señor? Con minas se puede viajar; los mexicanos tienen muchas minas pero no viajan; el mundo es muy bonito, señor; hay ciudades muy hermosas: New York, Paris, Londres, Berlin ¡oh! es muy hermoso todo, y se viaja con muchas comodidades. Hoy nadie está en su casa siempre, sino en los viajes; ¡oh! es tan fastidioso estar en un mismo lugar!

—Sí, señorita, yo voy á viajar; ¿y adónde me aconseja usted que vaya primero?

—Primero á los Estados-Unidos por la vía de New Orleans para conocer todas las poblaciones importantes; despues vivir un poco en San Francisco, un poco en New York, un poco en el Niágara; despues á Saint Nazaire y á Paris, y luego á Lóndres; en fin, se debe ver todo.

—Y dígame usted, señorita, ¿usted tiene familia?

—¡Ahl sí, sí.

—¿Y está?.....

—En New York; pero yo estoy independiente.

—¿Hará mucho tiempo que no la ve usted?

—¡Ahl sí, sí ..... diez años.

—¡Diez! exclamó D. Aristeo.

—Mis hermanos tambien viajan; uno está en el Japon; otro está en la expedicion inglesa al polo; una hermana es-

tá en Lisboa y otra en Rio Janeiro, y yo en México á su disposicion, dijo Ketty echando á D. Aristeo su primera sonrisa como una paloma correo.

Á D. Aristeo le temblaron los brazos como si aquella sonrisa hubiera salido de una batería de Buntzen.

Ketty agregó una segunda sonrisa como resultado del efecto de la primera.

D. Aristeo seguia viendo, con una atencion casi inconveniente, la cara y la mano de Ketty.

Esta por su parte estaba ya segura de que algo muy hondo se habia insurreccionado en aquel señor.

En este momento entró la criada: la criada se parecia mucho á doña Felipa; tenia un vestido igual é iguales maneras.

Como D. Aristeo estaba tan impresionado, creyó por un momento que entraba doña Felipa, y sus ideas empezaron á turbarse.

La criada traia una gran charola que casi no cabia por la puerta, y sin consultar á su ama colocó aquella charola sobre una mesita que estaba junto á Ketty.

Habia en la charola una servilleta muy limpia y algunos platos con jamon de Westfalia, queso inglés, una jalequina, frutas secas y pan.

Despues puso la criada dos botellas de cristal, una con cognac y otra con vino de Madera.

—Usted va á..... dijo D. Aristeo parándose.

—Usted tendrá la bondad de tomar el *lunch*.

—Señorita..... yo no acostumbro; y pensó D. Aristeo:

Me va á convidar á almorzar; ¿qué dirá mi compadre?  
¿Quién sabe si no será de buen gusto rehusar esto, ó tal vez se mortificará esta señora de que la vea yo abrir la boca.

—¿Usted no toma el *lunch*?

—¡Señorita!..... acompañaré á usted.

La criada acercó la mesa de modo que D. Aristeo pudiera alcanzar los platos, y tomando un cubierto lo dió á D. Aristeo.

—¿Le sirvo á usted, señorita?

—Gracias, dijo Ketty cortando un pedacito de queso. Don Aristeo cortó otro pedacito de queso.

La criada sirvió cognac para Ketty y vino para D. Aristeo.

—Salud! murmuró Ketty apurando su copa.

—Salud! repitió D. Aristeo bebiendo la suya.

La criada se retiró.

Ketty tomaba de vez en cuando pedacitos de queso, y D. Aristeo la imitaba.

Se le estaban yendo los ojos tras del jamon, pero temia parecer gloton si comia carne á tales horas, y se limitaba á su pesar á imitar á Ketty.

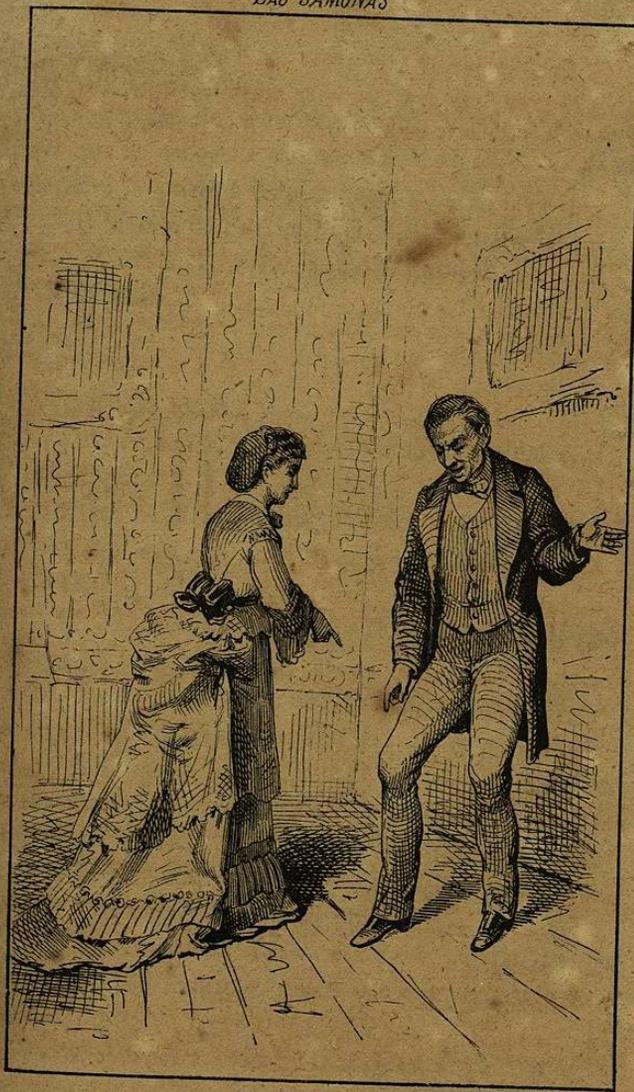
Bastó á D. Aristeo aquella copa de vino de Madera para sentirse mas expansivo.

—He tenido una agradable sorpresa al conocer á usted, señorita, dijo.

—¿Por qué?

—Ya sabia que era usted muy hermosa, ¡pero no tanto!

## LAS JAMONAS



—Pero va Vd. á rabiar con esos botines, D. Aristeo.

Villasana y C<sup>ta</sup>

—¡Ah! señor, gracias.

—Positivamente, señorita, es usted la muger mas hermosa que he conocido; con razon mi compadre..... mi compadre la quiere á usted mucho.

—¡Pobrecito de Sanchez! volvió á decir Ketty.

—¿Y..... no se vuelve usted á Europa?

—Sí, señor.

—¿Pronto?

—Tal vez.

—Quédese usted.

—¡Ah! no, señor; ya he vivido mucho en México.

—¿Y Sanchez?

—El me ha dicho de venir tambien conmigo.

—Mejor será que usted se quede, señorita.

—Usted puede viajar tambien.

—Sí..... efectivamente, dijo D. Aristeo acordándose de que no tenia un centavo.

Las resoluciones de D. Aristeo habian encontrado una contrariedad que no se esperaba; no tenia valor para afrontar la cuestion de trabajar contra Sanchez; y hasta llegó á encontrar, hasta cierto punto, justificado el gasto de los trescientos pesos. Aquella sala era elegantísima, mejor que la de Sanchez, y aquella muger realmente tenia algo que D. Aristeo no habia visto nunca.

De esta consideracion pasó á la de su miseria, que por la primera vez le estaba pareciendo una verdadera calamidad.

—Por otra parte, pensaba D. Aristeo, si yo le he de ha-

cer la guerra á mi compadre, no puede hacerse esto por otro medio mas que por el del amor; pero esto es imposible.

—¡Ay! señorita, si yo fuera joven.....

—¿Qué haría usted?

—Procurar que me amaran.

—Debe usted tener quien lo ame.

—¡Nadie, señorita, nadie! ¿Quién me ha de querer á mí? el amor es para los jóvenes.

—Pero usted tiene minas, y un señor con minas bien puede hacerse amar.

Esto, lejos de alentar á D. Aristeo, lo entristeció mas.

—Pero ¿sería posible que una señorita tan hermosa como usted pudiera amar á un hombre..... así, que no fuera joven?

—Ya lo ve usted; yo amo á Sanchez.

—Sí..... es verdad; y entre mi compadre y yo..... en fin, no hay mucha diferencia.

—La gratitud, agregó Ketty, es la puerta del amor.

Ketty empezaba á comprender que D. Aristeo podía ser un cómodo compañero de viaje, quien teniendo minas podía prestar todo género de garantías.

—¿Habla usted inglés?

—No, señorita.

—¿Frances?

—Vea usted, señorita, lo pronuncio muy mal, porque como nada mas lo traduzco lo hablo como está escrito, y cuando digo *bon jour*, se rien de mí.

La sola idea de acompañar á Ketty en su viaje, estaba sacando á D. Aristeo de sus casillas; y el pensar que tal vez con igual cantidad á la que su compadre gastaba podía ser tan dichoso como él, era para D. Aristeo una felicidad tan sorprendente, que por primera vez comprendió todo lo que vale el dinero.

Aunque hubiera querido pasar todo el dia, si era posible, al lado de Ketty, le pareció que debía retirarse para no ser molesto.

—Voy á pedir á usted un favor, señorita.

—¿Qué favor?

—Que no sepa mi compadre que he venido á ver á usted; yo vine oficiosamente á avisar á usted que está enfermo; pero no hay necesidad de que lo sepa.

—Bueno, dijo Ketty, Sanchez nunca viene en la mañana, solo viene de noche y algunas tardes; usted puede venir si gusta.

—Tendré esa satisfaccion.

Ketty fué quien alargó la mano á D. Aristeo para despedirlo; D. Aristeo se apoderó de aquella mano que habia estado contemplando por tanto tiempo, y su entusiasmo no conoció límites; se creyó feliz; aquella mano era extraordinariamente suave y aquella presion extraordinariamente dulce.

Se despidió D. Aristeo de Ketty, no sin haber agotado los cumplimientos y galanterías, y repitió que pronto tendria el honor de volver.

Cuando estuvo en la calle le pareció que acababa de

despertar, aunque seguía sintiendo en la mano la impresión de la mano de Ketty.

—¡Decididamente es una muger encantadora! ¡Vea usted lo que son las cosas, señor! ¡Sí, bien dicen: de nada se puede juzgar por informes verbales, porque uno es que le cuenten á uno, y otro es palpar las cosas! ¡La verdad, ya se comprende cómo mi compadre lleva ocho meses de estar pagando trescientos duros! ¡Hace bien! ¡muy bien hecho! ¡yo haría lo mismo! ¡Pues no me ha impresionado esta muger! ¡y yo que la creía un demonio! ¡yo que me escandalicé cuando me contó mi compadre!.... ¡Vamos, vamos, esto parece increíble! ¿Y ahora qué le digo á doña Felipa, que me estará esperando con tamaña boca?.... ¡Vamos! ya veo que es necesario obrar con reserva, porque si doña Felipa huele que yo..... que..... en fin, que he cambiado de modo de pensar, se armaría una, que..... ¡Dios me libre!..... Nada; le diré á doña Felipa que esto es obra larga; que he ganado terreno; que las cosas no están mal; y que tenga esperanza de que llegaremos á quitarle á mi compadre el tal quebradero de cabeza; quebradero que, por otra parte, es de todo mi gusto.

Don Aristeo se acordó en aquel momento de las reliquias que llevaba para no caer en la tentación.

Era tarde.



## CAPITULO XVIII.

### EL TESCRO VIRGEN Y LA CAJA VACIA.

**C**UANDO se acabó el concierto, Chona se retiró á su cuarto. Tuvo muy pocas órdenes que dar á su criada de confianza porque deseaba estar sola; más todavía, deseaba estar á oscuras y no oír ruido.

El silencio que sucede á la música, si este silencio es absoluto, es un gran silencio.

Las imágenes que evocó la música se reproducen: no parece sino que las últimas notas entregaron á la fantasía la urna cerrada de los recuerdos.

Chona vagaba en esos espacios de creaciones vaporo-